

serlo públicamente, y tampoco se albergó en su alma la envidia, esa ponzoña que roe y devora.

Descanse en paz el hombre bueno, el extremeño de corazón, enamorado de su tierra, y el amigo entrañable, al que Dios, en su infinita misericordia, habrá acogido en su seno.

MIGUEL ANGEL ORTI BELMONTE



CAMPANAS DE DUELO

A la memoria de don Tomás Martín Gil.

¡Que yo no quiero oírlas!
¡que están tocando a muerto!

Me machacan las sienas
y me queman los nervios.

Martillos me parecen
que clavan mi féretro,
con clavos que traspasan
hasta mi propio cuerpo.

—¡Callad, campanas negras,
que estoy enloqueciendo!...
Tenéis por bronce, cráneos
y por badajo, huesos.

PEDRO M. RODRIGUEZ

DIVAGACION LIRICA ANTE LA TUMBA DE TOMAS MARTIN GIL

El hombre llega a la tumba llevando tras sí la larga cadena de sus esperanzas frustradas.—J. B. Bossuet.

Ya sé. Ya sé. Te fuiste
sin querer ausentarte,
porque te ataban a la vida
anhelos generosos
y amores inefables.
Más EL QUE EN TODO MANDA
así lo decretó. ¡Que Dios nos salve!
Hoy ya, bajo esta losa
solo queda de tí lo deleznable,
lo que era polvo de la tierra,
materia ruín que en polvo
había de tornarse.

¡Oh, yo te ví sin verte
como entre sombras espectrales
cuando llamó La Pálida a tu puerta
con golpes lentos, sordos, implacables!
Yo sentí sin oírla
tu voz sin voz en el silencio grave.
Tu voz, que era un suspiro
estremecido, ténue, vacilante:

«¡Ten compasión... espera... espera...
Aún no florecen mis rosales.
Aún no brotó en el surco la semilla
que en largas horas derramé constante.
Aún no podé los árboles del huerto...
Secos están los arriates
y la maleza enturbia el agua
del manantial sin cauce.
Mi palomar precisa
de sólidos puntales,
que del nidal las crías
aún no saben alzarse.
¡Ay, qué va a ser de mis palomas
cuando mi cuido previsor les falte!»

Pero La Pálida
ya traspasaba tus umbrales.

«¡Ten compasión... espera... espera...
He tensado la urdimbre en mis telares
para tejer el blanco lino
que amontonado tengo en haces:
Están desnudas mis efígies
y están sin paño mis altares.
¡Déjame ver cómo germina
mi sementera de ideales!»

Pero La Pálida,
sorda a tus ruegos y a tus ayes,
iba acercándose hasta el lecho,
lenta, siniestra, muda, ingrave...

«¡Ten compasión... Detente!
¿No ves que está mirándote
mi dulce compañera?
¡Oh el adorable
regazo cálido,
las manos suaves
que en mis eclampsias
fueron sedante!
¿No ves a esa nenita temblorosa
presa a las faldas de su madre?
¡Oh mi adorada pitusilla,
cándida y pura como un ángel!
Cuando otra nueva primavera
pueblo de luz y aroma el aire
encontrarán mi hogar deshecho
las golondrinas emigrantes.
Mi dulce nena
no me hallará cuando me llame.
¡Ay mis palomas!
¡Ay mis rosales!
¡Ay los bancales de mi huerto!
¡Ay los retoños de mi sangre!»

Y era el zumbido del silencio
como un gemido sollozante.

Pero La Pálida
inexorable,
en lo invisible
rasgó sus velos fantasmales
y fué la tétrica guadaña
como un relámpago flagrante.

.....
¡Señor! La frente humillo
que alcé hasta Tí un instante.
Me oprimo el corazón y sello el labio
que quiso interrogarte...
Si Tú quieres el rayo no fulmina
y el huracán que el torreón abate
pasa por la cabaña mansamente
y acuna el nido entre la rama frágil.
¡Oye mi voz sin voz que te suplica,
oh Santo Dios de las Clemencias Grandes!

JUAN LUIS CORDERO

14 Septiembre 1947.